

BELLADONNA

DAŠA DRNDIĆ

TRADUCCIÓN DEL CROATA Y NOTAS
DE JUAN CRISTÓBAL DÍAZ



*Hodie mihi, cras tibi.
Quis evadet?*

El sábado 19 de enero de 2002, sesenta personas recluidas en un campamento de inmigrantes ilegales «se cosen a sí mismas la boca». Sesenta personas con la boca cosida pululan por el campamento mirando al cielo. Las siguen unos pequeños perros callejeros llenos de barro que brincan y gañen lastimosamente. Los Gobiernos, entretanto, aplazan *sine die* sus solicitudes de asilo.

Tereza Acosta es una mujer que ha decidido no recordar. Tereza Acosta no recuerda su infancia. En su memoria no queda vestigio de su existencia hasta los diez años. Su amnesia es densa y terca. En Tereza Acosta viven cinco Terezas Acosta distintas. Cada una con su voz y con una expresión facial distinta. Ninguna se acuerda de conversaciones entabladas con las demás Terezas Acosta. Cada Tereza niega la existencia de las otras cuatro. Cada Tereza Acosta tiene su propio concepto del matrimonio, del amor, del trabajo y de la vida en general, para nada coincidentes con los de las restantes Terezas Acosta. Después de muchas sesiones, el médico decide no inmiscuirse en las vidas de las cinco Terezas y deja que sigan cultivando su común desmemoria, gracias a la cual viven en concordia.

Catorce años atrás, Fausta Fink no recordaba su vida. Los médicos le administraron antidepresivos y comenzó a recordar. Decía: «Ahora me encuentro bien; estoy contenta», y

entonces se mató. Se tiró del quinto piso. Llevaba un kimono rojo. Cayó hinchada como un globo, meciéndose. Flameaba como suspendida en el aire. Luego se espachurró contra el suelo.

En un manicomio del sur, aunque pudiera ser también del norte, treinta y tres «internos» también se cosieron la boca con hilo de sutura. Los internos procedían aplicándose unos anchos puntos oblicuos, con tres o cuatro les bastaba para sellarse la boca. Aquello fue una rebelión en toda regla de los pacientes contra el personal que los ignoraba. En el psiquiátrico se hizo entonces un silencio aún mayor, una mudez insondable que hoy emana como un humo, como un vapor, de los techos y muros del edificio en ruinas en mitad de la nada y que se eleva en nubes hacia el cielo. En las noches oscuras (*moonless nights*) ese mismo silencio, ese malévolos mutismo, supuestamente propio de enajenados, retorna como una brisa; cae como una lluvia mullida sobre las ventanas empañadas de nuestro asilo perdido y, con tal de sobrevivir, pues ese es el único aire a su alcance, los pacientes llenan sus pulmones ya maleados y vencidos con esa infecta aunque inodora brisa, esa tela de araña invisible de silencio. El paisaje en torno al manicomio está precintado, petrificado, como un dibujo inmóvil. Yace bajo un magma de silencio tejido por pasos inaudibles que crujen blandamente, pasos que desbordan el psiquiátrico, en el que todas las zapatillas son de felpa.

Él también podría dejar de hablar, dejar de recordar.

Así es.

Ahora está solo.

Ocupa un destartalado piso en una ciudad de provincias.

Ha hablado, escrito y reflexionado sobre ese piso, así como sobre esa ciudad, y no volverá a hacerlo. Se niega a pensar. Se niega a pensar en el piso, frío, oscuro y abandonado, a imagen de su morador, a su vez oscuro, abandonado y cada vez más frío. Y se niega a pensar en la ciudad, a la cual ignora por completo, como si no existiera, como si se hubiera derruido, como si se hubiera hundido en la fosa producida por un cataclismo y ahora él levitara sobre ese abismo (igual que Fausta Fink con su kimono rojo), alejándose paulatinamente y menguando hasta el silencio, hasta desaparecer.

Podría estar viviendo en cualquier parte, ahora eso ya no importa.

Ya no abre las ventanas más que cuando en su cabeza surge alguna música que lo estremece. Entonces una diminuta alegría recorre su cuerpo, un pálido rayo que exhala y se apaga de inmediato. En ese momento abre las ventanas de par en par y se asoma. Sigue el ir y venir de los trenes. Observa los hangares, los contenedores en los que penetran ratas y gatos, aguarda el baile de estos entre el reguero de desperdicios y pronuncia un breve «aj» que le interrumpe la respiración. Alza los párpados con dificultad y proyecta la vista a través de los jirones de mar que se mecen a los pies de una colina,

hasta que se harta y vuelve a su aislamiento, para recorrer con celeridad, casi grotescamente, los once pasos del estrecho y largo pasillo y adentrarse como un topo en su oscuridad, en su silencio sepulcral, sintiendo cada vez cómo las paredes de esa especie de túnel se desplazan, se acercan, se unen, mientras él avanza a trompicones a lo largo de ese sendero tratando de evitar que las rocas de arriba lo aplasten y reduzcan a apenas una tenue línea mortal similar a la que muestra el electrocardiograma de un monitor hospitalario.

«El inhalador —dice—, el inhalador», una, dos, tres veces. Entonces empieza a sentirse mejor. Respira.

Ya no piensa en nada. Ya está todo pensado en su vida. Ha reunido en montoncitos los días y años, los nacimientos y muertes, los escasos amores y los numerosos viajes y personas conocidas, los dramas familiares, sus afanes sin sentido y batallitas aún con menos sentido, casi siempre perdidas, los idiomas, locales y foráneos, los lugares, todo lo ha clasificado ordenadamente, y con un cordel ha atado todo ese bagaje, ese lastre, y lo ha ido repartiendo por las esquinas de las amplias estancias como si aún se mantuviera a la espera de una gran mudanza.

«Un cuartel —dice—, vivo en un cuartel».

Un día de estos llamará a alguien para que se lleve esa basura, ese muladar en el que ha derivado su vida, para que aparte de su vista ese cúmulo de días dilapidados y no tenga que convivir más con todos esos montoncitos que comienzan a pudrirse por los rincones despidiendo un hedor desagradable, más irritante e intrusivo que alarmante, pero que al final acabarán disipándose en motas de polvo y dificultándole la respiración. «Lleváoslo todo —dirá—, no dejéis nada». Ha puesto en orden los libros, y se ha deshecho de los descartes tirando algunos y regalando otros. También ha regalado su ropa y calzado, llegando a hacerlo de un modo frenético según

el día. Se ha acumulado demasiado peso muerto, escoria procedente de muchos sitios. Ha regalado abrigos, chaquetas, trajes, suéteres, camisas —qué cantidad de camisas tenía— y zapatos, algunos de los cuales no había llegado a estrenar.

Igual que hizo su madre más de treinta años atrás, dejando y repartiendo en viajes fragmentos de «su» vida, algo que entonces él no pudo comprender. Al volver de China, donde se especializó en acupuntura, cargada con paquetes de agujas, unas enormes orejas de goma donde se marcaban los puntos de acupuntura y una figura humana de un metro de altura articulada y desmontable hecha en plástico, cuyas vísceras podían extraerse para examinar los órganos internos, «imitaciones» de órganos primorosamente reducidos: corazón, pulmones, hígado, intestinos, páncreas, vasos sanguíneos en tres dimensiones, venas y arterias, huesos, cerebro y todo lo imaginable, los cuales, además, se podían extraer, desplazar, montar, girar y encajar como las piezas de un rompecabezas que imitaba el interior del organismo humano con todo detalle, con la figura siempre en posición erguida, fijada a una peana de madera y atravesada por una magnífica barra de hierro; al volver, pues, su madre de nuevo a ellos, a su familia y a sus pacientes psiquiátricos, de China, de una provincia china —no recuerda cuál, China es un país inmenso, heterogéneo—, de aquella pobre provincia despoblada en la que decía que la comida no se parecía nada a la comida china que se sirve en los restaurantes chinos de Europa, sino una comida elemental e insípida, diluida en agua y servida en platos de hojalata (en hospitales rurales), como antaño en el Ejército Popular Yugoslavo; al volver de China, donde la pelaron en seco, su madre volvió prácticamente sin equipaje, sosteniendo una nota de papel arrancada del extremo de una página de periódico en la que estaba escrito a boli (chino) el siguiente diagnóstico: *ca corpus uteri*. A él le trajo una cajita china antigua

de palisandro para guardar tabaco que yace vacía desde hace mucho tiempo en el escritorio al que ya no se acerca, y también unos versos enmarcados de Lu Xun. A sus hermanas les trajo unas batas chinas en intensos tonos cárdenos y carmesíes con dragones voladores dorados y un viejo abanico con aroma a sándalo. Todo aquello lo contenía un pequeño cofre donde su madre había custodiado bajo llave retazos de sabiduría en los que él más tarde interpretaría resolución y miedo.

Ahora mismo estruja en su mano la oreja de goma con los puntos reflejos de todo el cuerpo. Una oreja como un feto en miniatura.

En esa oreja hace examen de sus órganos. De todos los órganos. Hace examen de sus dolencias. A veces, con ayuda de una aguja, de un mondadientes o de una uña, pincha su corazón, su ojo, su espalda o su cerebro y vuelve a la vida. Por un instante. Palpita. Cuando se queda sin dinero, da con el punto del hambre y se induce una ingravidez corporal que provoca que se balancee en un estado de inconsciencia.

Las orejas son un órgano extraño y feo; de hecho, todo el cuerpo humano es repulsivo, el hombre en general es un ser monstruoso y deforme, dotado de unas extremidades que se proyectan desgajadas de una masa central, y cuyas terminaciones tentaculares están rematadas por unos engastes blancuzcos y córneos que crecen sin descanso, mientras que en el extremo superior de ese monstruo, acoplado a un soporte corto, móvil y blando a modo de columna truncada, oscila un órgano esférico con una abertura mayor casi en su base y otras dos menores en el centro por las que expele aire caliente. Más arriba, dos bolitas acuosas alojadas en sendas cavidades y dotadas de una membrana de protección articulada giran silenciosamente. Para colmo, ese cuerpo curvo dotado de movimiento está cubierto de pelos que crecen en su mismo ápice, y entre los hombres en su superficie frontal también.

Hay muchas orejas en la literatura, orejas que oyen y orejas que desoyen, orejas que se envenenan y orejas que se cortan. Dicen que las orejas tampoco dejan de crecer. Las personas mayores tienen unas orejas grandes, incluso aquellos ancianos que de jóvenes las tuvieron pequeñas, en la vejez se les reblandecen y les cuelgan, con el lóbulo flácido y funcionalmente sordas. Por eso le extraña algo que le ocurrió recientemente, cuando entró en un autobús con una carpeta rosa apoyada contra el pecho, y un señor mayor que llevaba sombrero y tenía el rostro lleno de arrugas y estrías se acercó y le preguntó: «¿Va usted también a “aquel” edificio, a la reunión de las dieciséis horas?». Acto seguido, el anciano le volvió la espalda, permaneció de pie en las escaleras de salida, con las puertas del autobús abiertas, al tiempo que él se le quedó mirando por detrás. Pues resulta que ese viejo, que llevaba un abrigo negro, tenía las orejas pequeñas, increíblemente pequeñas, unas orejas demoníacas.

Sus orejas están bien, son unas orejas perfectamente decentes, unas orejas dignas, sin pelos. Oye estupendamente, mejor sería que no oyera tan bien. Una vez, de hecho, en el oído izquierdo sintió el mar encrespado; las olas del mar rompían repetidamente contra su hueso frontal y se desvanecían en torno a las sienes y la nariz, y las palabras se alargaban morosas e ininteligibles con un eco insoportable. Lo metieron en una habitación insonorizada y le hicieron pruebas en el oído. El médico le dijo: «Con el oído derecho oye muy por encima de la media. No necesita el oído izquierdo». Pero su esquizofrenia auditiva, ese ruido en la cabeza, ese permanente estado cacofónico le duró poco: un mes o dos después en sus paredes craneales volvía a haber bonanza. Y ahora vuelve a estar «rodeado» de los ruidos procedentes del exterior, que le martillean el cerebro y que no puede sofocar, resonando como

un eco desgarrador de esta ciudad, que no se parece al bullicio «normal» de cualquier ciudad.

Hace poco leí un texto sobre las orejas de los judíos. En el texto tres mujeres discutían de los iris escaneados y de las caras escaneadas en general, así como de la potencial implantación de chips en las personas. Una de esas tres mujeres contaba cómo se sobresaltó cuando se fotografió en Viena para un nuevo pasaporte y le dijeron: «Descúbrase las orejas; deben verse ambas orejas». Eso a la mujer le recordaba las historias de la guerra que contaba su madre. Otra contaba cómo en la policía les habían hecho volver dos veces para sacar los pasaportes de sus nietos porque las orejas de estos, primero, eran muy pequeñas y, segundo, estaban totalmente pegadas a la cabeza. Tras varios intentos lograron obtener unas fotografías en las que se veían las puntas de las orejas de los niños, pero entonces surgieron problemas con los ojos de sus nietos, pues no estaban lo suficientemente abiertos para poder escanearlos. Los niños debieron haberse quedado adormecidos ante el fotógrafo. En las fotografías de los documentos identificativos está prohibido reírse e incluso sonreír, pero esto no supuso ningún problema para los nietos de esa mujer, quienes ella misma reconocía que jamás sonreían. Finalmente, sus nietos pudieron viajar al extranjero con sus padres, y salir de Rumanía. A donde nunca volvieron. Entonces la primera mujer añadía que su madre contaba que durante la época del nazismo las fotografías en los documentos de los judíos no podían retocarse y que en ellas debía verse la oreja izquierda, pues la raza judía aparentemente era reconocible por la forma de la oreja. Los nazis creían que los judíos tenían unas orejas particulares. En el texto, las tres mujeres comparaban sus orejas, pero no reparaban en ninguna diferencia fundamental, pese a que solo un par de orejas era judío. Al final, la

mujer judía mostraba documentos identificativos durante la guerra de algunos parientes suyos asesinados en Treblinka y en todas las fotografías, efectivamente, se veía con claridad la oreja izquierda.

Las narices por ahora no las procesa la policía, aunque algunos científicos afirman que tras el escaneado de la nariz se esconde un potencial biométrico extraordinario. Los científicos se quejan de que las narices están injustificadamente infrutilizadas en los procedimientos biométricos. Las narices escaneadas pueden acelerar de manera significativa el reconocimiento de las personas, así como la aplicación de la técnica a la fotografía entera, lo cual no es el caso en los estándares actuales de la biométrica. Las narices no se alteran aunque la expresión facial sí lo haga; las orejas dan la sensación de que sí lo hacen, aunque esta afirmación no es del todo cierta. Cuando la gente sonríe, la nariz se le ensancha, mientras que hay a quienes no se les mueven las orejas al reírse, aunque también hay a quienes las orejas se les mueven en las cuatro direcciones, y hay quienes son capaces de moverlas aun cuando no se ríen, con la fuerza de la mente. Básicamente, en Inglaterra fue donde surgió la investigación científica de un total de cuarenta narices, que luego se extendió por Europa. Actualmente no dejan de aflorar bases de datos (nasales) para futuras pruebas.

Él tiene una linda naricita de formas regulares.

Recoge suvenires por el piso que irán a parar a la basura. Los mete en bolsas negras de plástico. Enérgicamente, con movimientos espasmódicos. A quién le importarán unos recuerdos que ni siquiera él mismo desea retener; unos recuerdos que han caído en la fosa del olvido y que, una vez allí, deja que se hundan.

La gente reúne bobadas porque eso le hace sentir mejor, sin preocupaciones; no evocan paseos, paisajes, conversaciones,

olores y tactos, no, para eso no hay tiempo mientras discurre la vida, de forma amena para la mayoría, y eso es ahora cuando lo comprende. La gente desperdiga sus episodios vitales por estanterías y paredes, y de vez en cuando les dirige una mirada gélida al paso y les dice: «Quedaos ahí, esperadme». Cuando las luces comienzan a apagarse, la gente imagina que volverá a estar acompañada de su raído pasado condensado en bibelots sin vida, con los que podrá sentir el roce mutuo y contarse mutuamente mustios cuentos de hadas olvidados. Seguro que sí. Los recuerdos fenecen en cuanto se extirpan de su ámbito, se difuminan, palidecen y adquieren la rigidez de los difuntos. De ellos queda apenas un caparazón de contornos descoloridos. Las placas cerebrales borradas a medias son un terreno resbaladizo y engañoso. El archivo mental yace cerrado bajo llave en las tinieblas. El pasado es suprimido, los recuerdos no pueden arreglar nada. Hay que expulsarlo todo. Todo. Y tal vez a todos.

Finalmente conservaría el zapatito de porcelana que le había regalado la madre, un zapatito que no lo conducía a nada. Así como el viejo reloj de pie herrumbroso, patinado y dotado de una esfera oblicua, como si hubiera surgido del País de las Maravillas, y unas manecillas que se movían solo cuando se le introducía una moneda; regalo de su hijo Leo. Y también se quedaría con Elvira: siempre la lleva consigo, a todos lados. Eso es todo lo que guardará.